

# **Identidades políticas y crecimiento económico: efectos indirectos de una década kirchnerista.**

Amílcar Salas Oroño.

Cita:

Amílcar Salas Oroño (2013). *Identidades políticas y crecimiento económico: efectos indirectos de una década kirchnerista*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/430>

## **X Jornadas de sociología de la UBA.**

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos  
desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo  
XXI

1 a 6 de Julio de 2013

Mesa: 40 – La década kirchnerista: mutaciones de la política en la Argentina contemporánea.

Título de la ponencia: ***“Identidades políticas y crecimiento económico: efectos indirectos de una década kirchnerista.”***

Autores: Salas Oroño, Amílcar. Lic. Ciencia Política (UBA), Magister en Ciencia Política (USP-Brasil), Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Lugar de Trabajo: Instituto de estudios de América Latina y el Caribe – Fac. Cs. Ss/UBA

### ***Introducción***

En esta ponencia nos proponemos indagar un aspecto que no suele ser debidamente tematizado por los autores que se ocupan de analizar los cambios producidos durante el período kirchnerista: sus efectos políticos *indirectos* o *no deseados*, aquellos cambios inesperados que reorganizan las dinámicas políticas y los procesos de subjetivación social y que, precisamente por no ser esperados, generan confusiones a la hora de comprenderlos y de brindar una argumentación intelectual respecto de una pregunta clave de la época: qué es el kirchnerismo?

En estos últimos diez años se sucedieron cambios y metamorfosis de diversa magnitud, en varios planos tematizables: nuevos sujetos sociales, reorganización de las elites tradicionales y los medios de comunicación, fraccionamientos de clases sociales, entre muchas otras transformaciones. Pero si se debiera establecer un panorama general, y al igual que lo ocurrido en varios países de la región, las tendencias epocales muestran indefectiblemente al *kirchnerismo* como el repositor del papel del Estado como regulador de la dialéctica social general. Los indicadores de este protagonismo han sido analizados por diferentes autores y pareciera haber un consenso bastante amplio respecto de la importancia tanto reparadora como espiritualizante que ha tenido el Estado en estos últimos años (Salas Oroño, 2011).

De forma paralela a este reposicionamiento estatal - y en función de descubrir los sentidos históricos de los cambios recientes- una socialización a través del consumo también ha sido parte de los “cambios de época”. Por eso es que, sin entrar en visiones dicotómicas o supraestatalistas debe admitirse que se trata de un período de más Estado y, al mismo tiempo, de más mercado. Uno de los objetivos de esta ponencia es, precisamente, poder establecer algunas precisiones respecto de en qué medida esta reafirmación del mercado, que no es la reactualización del neoliberalismo – como se tratará de argumentar-, dispara hacia la constitución de identidades políticas que, reconfiguradas alrededor de la idea del ciudadano-consumidor, reorganizan el sistema político y la propia caracterización de la etapa kirchnerista. Una aproximación a esta cuestión requiere, a su vez, de una exposición secuencial de algunos aspectos claves, que ordenan la exposición de esta ponencia: una puntualización sobre la cuestión de las identidades políticas, una reflexión sobre las formas de socialización en la Argentina contemporánea, el papel del kirchnerismo como articulador político, su influencia en el sistema político, el kirchnerismo como proyecto político y, finalmente, y a partir de tener en cuenta todos estos aspectos del kirchnerismo, señalar algunos puntos en relación a aquellos fenómenos que se desprenden de sus actuación política pero no son deseado.

### ***El “nuevo giro” latinoamericano: el kirchnerismo y las “identidades políticas”***

A lo largo de la última década, los Gobiernos del “nuevo ciclo político” fueron descritos desde diversas perspectivas ideológicas y enfoques metodológicos, en los que han sido distinguidos los más variados elementos que los caracterizan (Pomar, 2011; Borón, 2009; Saint-Upéry, 2007; Paramio, 2006; entre otros). Un debate intenso acerca de la profundidad de los cambios promovidos por estos Gobiernos, los problemas aún sin resolver, los nuevos y viejos actores, entre otras cuestiones, ya forman parte de las principales discusiones de las ciencias sociales latinoamericanas (Sader, 2009).

Dentro de esta abundante bibliografía, interesa aquí destacar dos grupos de trabajos sobre estos Gobiernos: por un lado, aquellos que, en función de específicas líneas de investigación, han concentrado sus análisis en lo que respecta a las cuestiones propias del carácter de “*proyectos políticos de los Gobiernos*” (Díaz Tendero, 2009), esto es, las relaciones de poder en su interior, las “alianzas políticas con otros sectores”, los “mecanismos de resolución de diferencias internas”, las relaciones entre los actores que le brindan sustentabilidad política (Chasquetti, 2001). Por otro lado, el otro subconjunto que aquí se utiliza de referencia se vincula con aquella literatura que, no tan claramente distinguible como en el caso anterior, se focaliza en las “divisorias de sentido” inducidas por los Gobiernos y sus fuerzas políticas, aquellas “fronteras políticas” que se han instalado en las respectivas sociedades: “*los clivajes organizadores de las nuevas formas de identificación*” (Singer, 2012).

Se trata, entonces, de ver la dimensión de las “identidades políticas” desde un punto de vista *dinámico*: no para caracterizar al *kirchnerismo* en contraste con identidades de otros momentos históricos, lo que también es una posibilidad de

interrogación, sino para ver en qué medida el *kirchnerismo* es una identidad nueva o, más bien, cuáles son aquellos elementos novedosos del *kirchnerismo* que, como identidad, trae de cara al escenario político.

Ver el *proyecto político* (kirchnerista) en diálogo con el *proceso histórico* (kirchnerista), esto es, tomando como premisa dos cuestiones no siempre aceptadas en los autores que se refieren a la temática: por un lado, que el *kirchnerismo*, a su manera, elabora conceptualmente la etapa histórica sobre la que se asienta, esto es, hay una “ideología kirchnerista”, aunque no sea de la misma consistencia que otros programas, incluso contemporáneos en América Latina. Y es precisamente esta exploración la que, por otro lado, permite exponer el hecho de hay aspectos actuales – puede afirmarse, recientemente – que escapan a la capacidad del *kirchnerismo* para elaborarlos: son principios ideológicos que se han instalado, en paralelo a la “ideología kirchnerista” y que no se saben muy bien en qué dirección evolucionarán.

Retomando la definición de G. Aboy Carlés sobre las “identidades políticas”:

[como un] “conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de acción en relación a la definición de asuntos públicos” (Aboy Carlés, 2001:32).

Por lo tanto, observar las “identidades políticas” de manera *dinámica* implica considerarlas desde el punto de vista de las conexiones que establecen en el preciso momento histórico en el que se desarrollan. Desde el *kirchnerismo* esto supone tener en cuenta los fenómenos de socialización que como proceso histórico empuja, en lo que respecta a las formas de re-integración de reproducción social.

### ***Las formas de socialización en la Argentina contemporánea***

Tal como se advirtió más arriba, los cambios que vienen ocurriendo en el país resultan de una combinación heterodoxa de regulación estatal y extensión del mercado: más Estado y más mercado. En ese sentido, es comprensible que haya una superposición de imágenes respecto de cuál es el perfil de la sociedad argentina desde el 2003, respecto de qué tipo de subjetividades se están alentando y potenciando, cuáles son las motivaciones de la ciudadanía en las instancias electorales, los nuevos factores que hacen al desarrollo nacional. Al abrir el encierro de ideas que proponía el neoliberalismo y, sobre todo, al consolidarse como *proyecto político*, el *kirchnerismo* no sólo se impuso desde el punto de vista del establecimiento de la *temporalidad política* sino que, también, se expuso a las consecuencias propias de cualquier “época de cambios”. En ese sentido, cualquier evaluación del *kirchnerismo* debe ir acompañada por una explicitación de lo cambiante que han sido los paisajes sociales del país, incertidumbre propia de una democracia que se va democratizando - habría que agregar- *conflictivamente*.

Esta “sociedad en movimiento” (kirchnerista) que hace circular nuevos lenguajes, que produce otros modelos de identificación y que, en comparación con los otros gobiernos desde el retorno democrático, se encuentra substantivamente más *integrada*. Articulando esta “integración nacional” deben resaltarse, entonces, los dos procesos (combinados) de *re-socialización* ya mencionados: por un lado, el consumo como posibilidad individual de inclusión y participación en la vida social; por el otro, el Estado.

Esta circunstancia se replica también en varios países latinoamericanos: el intenso y sostenido crecimiento económico de los últimos años ha venido cambiando orgánicamente la tradicional dialéctica entre lo *arcaico* y lo *moderno* en la región: la propia idiosincrasia de la “situación periférica” viene modificándose. Es más, hasta podría afirmarse que un subterráneo sentido “descolonizador” ha marcado la época, la de la doble socialización propuesta por el kirchnerismo: en términos de intercambios comerciales, de vínculos con los países centrales o bien de relaciones bilaterales, la profunda metamorfosis que ha sufrido la estructura socio-política latinoamericana la ha colocado más en una relación de *periferia-periferia* que *centro-periferia* (Salas Oroño, 2011).

La ampliación del mercado – vía empleo – trajo, en su reproducción, determinados comportamientos y modelos de subjetividades - sobre todo en las grandes ciudades – que los medios de comunicación y lo que puede denominarse “la propaganda” se han encargado de potenciar y extender: autorreferencialidad, individualismo, consumismo, un modelo del éxito público como consagración personal, sin importar demasiado el contenido de lo que se diga, piense, ni lo que se transmita. El fuerte reacomodamiento de una economía en recuperación trajo diversos trastornos y cambios: uno de ellos es el hecho de que los modelos subjetivos propios de la lógica del capitalismo – así sea periférico- volvieron a adquirir predicamento en la sociedad en general: la lógica del consumo y de la propiedad, y su acumulación. Más adelante se volverá sobre este argumento para puntualizar sobre su desplazamiento al plano de los comportamientos políticos.

Ahora bien, esta *re-socialización desde el mercado* no es absoluta ni plena, no abarca ni sintetiza todo el *proceso histórico* (kirchnerista): se metaboliza en conjunto con el impacto que tiene el Estado – en tanto *proyecto político* (kirchnerista)- en términos de organización material y discursiva de la realidad. Por eso es importante distinguir *proceso* de *proyecto* cuando hablamos de *kirchnerismo*: la *re-socialización* que emprende está compuesta por dos vertientes: por un lado, la que, de forma menos directa, ha venido ocurriendo desde el mercado, con la gama de connotaciones que trae consigo el fenómeno del consumo. Por otro lado, la que es más íntimamente kirchnerista, aquello que se identifica con mayor claridad luego del “conflicto del campo”: la regulación estatal como puesta en marcha de una serie de mecanismos burocráticos, legales, normativos. Esta segunda podría ser denominada como *socialización política de la ciudadanía promovida por la acción del Estado*.

Esta *socialización política estatal* ha propiciado una mayor conciencia colectiva respecto de la injerencia que puede tener el Estado en la vida cotidiana. Y esto ha despertado, también, solidaridades cruzadas, remotas, intrageneracionales,

esas mismas solidaridades que le faltan a la propia lógica del mercado: “*porque a mi madre le dieron la jubilación*”, “*porque nos podemos casar con los mismos derechos*”, “*porque no puede haber golpes militares en la región*”, etc.

Desde este punto de vista, el *proyecto político* del *kirchnerismo* ha modificado y transformado profundamente a la sociedad, y esto es lo que explica el enorme respaldo electoral obtenido en el 2011, que vino a ser una elección plebiscitaria: de confirmación de un tipo de *socialización* e *integración*. En una perspectiva más histórica, si la elección de R. Alfonsín de 1983 repuso la cuestión de la democracia, el *kirchnerismo* relanzó la importancia del Estado. Como factor de *socialización*, el *kirchnerismo* ha sido notablemente oxigenador. Ha modificado fuertemente la cualidad de las respuestas a las demandas, la condición de los sectores populares, las tasas de inclusión en general. En ese sentido, la estructura social dista mucho de ser la del bienio 2001/2002.

### ***Elecciones, kirchnerismo y sistema político***

Las elecciones legislativas del 2005 permitieron al *kirchnerismo* forzar *para sí* la ubicación del principal partido del sistema político argentino: el Partido Justicialista. Aquella coyuntura no debe ser minimizada; a partir de ese momento, esta definición será un factor clave tanto en la articulación política gubernamental como en la “frontera política” trazada por el propio *kirchnerismo*. Si bien es cierto que una amplia “Concertación” en las presidenciales del 2007, con sectores no peronistas, tenía la intención de extender el límite de la política de alianzas con el objetivo de ampliar aún más la base de sustentación, ya la dinámica política argentina mostraba un signo característico - y ciertamente imprevisto, si nos retrotraemos a las atmósferas ciudadanas del bienio 2001-2002: la densidad (performativa) del liderazgo presidencial. Será N. Kirchner – y luego C. Fernández de Kirchner – quienes pasan a recuperar no sólo para la investidura sus mancillados parámetros de autoridad, sino que, además, se convierten en representantes cuya legitimidad y valoración se distancian expresivamente de los otros niveles de la representación (municipales, provinciales o parlamentarios), situación que será cada vez más evidente.

En el transcurso, quizás el momento clave del *kirchnerismo* como proceso histórico: el “conflicto con el campo”. En esa coyuntura, al margen de la derrota legislativa, se termina por confeccionar la “estructura narrativa” del *kirchnerismo* – “gobierno o campo”/“pueblo o corporaciones”/“ellos o nosotros” - cuestión que sobreimprime e intensifica el contenido del *realineamiento partidario* que se venía estableciendo. El “conflicto con el campo” confirma, además, la instalación de una *temporalidad política* vertiginosa, instituyente, consolidando, por un lado, la consistencia del “bloque social” que acompaña al *kirchnerismo* y, por el otro, dejando al resto del espectro político atomizado, sin capacidades de influenciar los términos de las disputas.

Los resultados de las elecciones presidenciales del 2011 corroboran esta trayectoria: la ventaja obtenida por el Frente para la Victoria y, sobre todo, la distancia que logra establecer C. Fernández de Kirchner respecto de sus competidores termina por clarificar la *nueva organización de la competencia*

*político-partidaria*: ya no se trata de un sistema político fragmentado y deslegitimado, como el que se compone hacia el 2003, sino que hay una “frontera política” clara, propiciada por el *kirchnerismo*, que simplifica las opciones de la representación partidaria en dos polos: un sector socialmente extenso y políticamente sólido, con mayorías parlamentarias y de gobernadores, y otro, disperso en varias fuerzas, cuyo casi único principio de unidad es el respaldo mediático de los tradicionales vehículos de comunicación. Pero no se puede entender la “ocupación” de la escena política que realiza el *kirchnerismo*, su confirmación como “identidad política” organizadora de las demás pasiones políticas, si no se detallan algunos aspectos de su característica como propio (y definido) *proyecto político*.

### ***El kirchnerismo como proyecto político***

Las ideas políticas en una sociedad no son aspectos secundarios: organizan la experiencia y demarcan los sentidos de las acciones sociales. En su carácter interpretativo, las ideas terminan teniendo un rol relevante respecto de las autopercepciones de una época específica, de un determinado período histórico; a contramano de lo que usualmente se piensa, son aspectos decisivos para reconstruir el movimiento general de la historia. Es cierto que no todas las ideas, los discursos, son de la misma naturaleza, hay jerarquías. Los discursos estrictamente “políticos” tienen una significación clave: en democracia, acostumbran convertirse en *hechos políticos*, puesto que se supone que ésta se constituye bajo los parámetros de una esfera pública en la que se debate – se convence, y se vota – lo que marca el termómetro de legitimidad de ese régimen. Así, los discursos políticos son los puntos de partida primordiales para un posicionamiento propio en el mapa amplio de la competencia política: dispuestos en función “polémica” – directa o indirectamente- con otros discursos, definen el campo de los adversarios y aliados, las proyecciones futuras y los comportamientos.

Es importante tener en cuenta que, en relación a los discursos políticos, éstos se confeccionan a partir de *conceptos* – inmediatamente vinculados a las “*interpretaciones sobre la realidad*” – y que no existen “aisladamente”: explícita o implícitamente los conceptos están articulados entre sí, componen “mapas conceptuales”, “familias de ideas”. El *kirchnerismo* en tanto *proyecto político* también es una apuesta en este nivel: tiene sus discursos, sus conceptos y, más allá de que exista una discusión al respecto – desde la derecha y desde la izquierda - tiene un propio mapa conceptual organizador y articulador de las ideas. En ese sentido, y no en otro, es que se ha afirmado que el *kirchnerismo* tiene su ideología. La fue construyendo, con el paso del tiempo, no sin idas y vueltas.

Ahora bien, los conceptos y los discursos políticos son, pues, *productos*, y tienen – como, en general, todo producto – determinadas condiciones y momentos de producción que los generan o, más bien, que le otorgan determinada presencia, resonancia y extensión. Presentan, además, la particularidad de ese “efecto ideológico”, esto es, el efecto producido por un discurso determinado sobre la situación social en la cual es, precisamente, recepcionado. La *producción* y *recepción* de los discursos políticos son,

entonces, elementos sensibles de cualquier dinámica social: moldean las expectativas ciudadanas entrelazándolas con la legitimidad de su punto de vista, cuestión que, extensivamente, presenta consecuencias para la legitimidad democrática en general. No es menor qué discursos políticos son los que conmueven a una sociedad y cuáles son las “metáforas políticas”, las “formas de concebir la política” que fundamentan las acciones prácticas – políticas públicas, leyes, decretos, acciones políticas en general, etc.

Y, al respecto, hay una serie de interrogantes que resulta decisiva, sobre todo para poder comprender mejor el particular “nuevo giro político” latinoamericano: ¿cuándo se definen los mapas discursivos de las fuerzas políticas que están detrás? ¿cuál fue el momento de producción discursiva fundacional de estos *proyectos políticos*? ¿cuándo comienza a existir una “recepción” definida de los contenidos de esos discursos?<sup>1</sup>

En el caso del *proyecto político* del kirchnerismo, como se dijo, fue el momento del “conflicto con el campo”. Fue en aquel momento histórico cuando su discurso político se convierte en el eje a partir del cual comenzaron a posicionarse el resto de los discursos. Hasta la Resolución 125, si bien existieron gestos políticos de gran envergadura, para la historia reciente y no tan reciente del país, las fórmulas políticas que habían acompañado a la experiencia del gobierno – “transversalidad” y “Concertación” – no habían logrado generar una “dicotomización de sociedad”: desde el punto de vista de la ciudadanía, aún no se había producido una “identificación intensa” respecto de sus acciones políticas; en ese sentido, sirva como ejemplo que la misma campaña electoral del 2007 tuvo matices muchos más moderados y consensualistas que la del 2011, por lo menos hasta las PASO.

La “crisis del campo” trajo la composición de una lectura y una visión de los acontecimientos que compagina con otros momentos históricos y claves políticas: el peronismo y el carácter fundacional de la Revolución Justicialista y, en menor medida, el impulso de la “democracia como valor universal” planteado por R. Alfonsín al asumir la Presidencia. El ordenamiento y la reorganización de las ideas se realizan con los condimentos de una articulación “dramática” y “conflictiva” o, si se quiere, *dramáticamente conflictiva*. Es lo que permite, también, construir cierta *mística* del propio *proyecto político*, relanzando su posición desde el punto de vista retórico. Este momento del *kirchnerismo* se asemeja a situaciones similares que atravesaron otros gobiernos latinoamericanos. Son “puntos de bifurcación” que abren la escena política y colocan las *tensiones constituyentes* en otro nivel. Sucedió con H. Chávez en el 2002 y el fallido golpe de Estado que fue revertido en pocas horas; sucedió con Lula y la presión enorme realizada por los medios de comunicación conservadores para lograr su juicio político en el 2005; con E.

---

<sup>1</sup> El “origen” de los proyectos políticos es parte de la discusión en tanto, por circunstancias de diversa índole, la mayoría de estos gobiernos comparten la experiencia de ser cambiantes respecto del momento histórico en que aparecen en las escenas políticas, respecto de cuando acceden al poder, cambiantes respecto de sus fundaciones – como, por ejemplo, el Partido dos Trabalhadores, en Brasil, o el Frente Amplio, en Uruguay –, o cambiantes en sus denominaciones – el pasaje del Movimiento Quinta República al Partido Socialista Unido de Venezuela, en el caso de Venezuela.

Morales, en el marco de las disputas por las autonomías regionales en el 2008; o la propia realización de la Asamblea Constituyente en Ecuador, en el 2007. Se trata de circunstancias claves, nudos emblemáticos de la historia de un país que, muchas veces, juntan cuestiones que tienen diferentes trazos y maduraciones: el mismo “conflicto del campo” despertó voces que se encontraban silenciadas de hace décadas, o más.

La estructura “dramática” de la narración (histórica) que termina asumiendo el kirchnerismo a partir del 2008 tiene influencias de diverso orden pero hay una que, quizás, pueda ser más rápidamente identificable. Es aquella que proviene de la generación de los años ´70; allí el “dramatismo” se imponía por sobre una dialéctica que entraba al espacio político desde la lucha armada. El “dramatismo” contemporáneo es más moderado y no sólo por un contexto democrático, sino porque los discursos se confeccionan en conjunción con otras miradas, con otra generación, precisamente aquella que puede identificarse como “las juventudes kirchneristas”. Estas le aportan al discurso kirchnerista capilaridad, entramado, despliegue y resonancia social, al mismo tiempo que imponen otro tipo de visión acerca del poder (Rodríguez, 2011).

Entre ambas perspectivas terminan por definir - precisamente en aquel “conflicto del campo”- junto con otras voces, la construcción de la “metáfora política” del kirchnerismo. Tanto la reposición de la noción de “conflicto” como la disposición “dramática” de las palabras que la Resolución 125 trajo posibilitó construir una propia definición de la *temporalidad política* del kirchnerismo; de allí que sea el momento emblemático desde el punto de vista del *proyecto político*.

Un *proyecto político* se convierte en tal no sólo porque logra establecer una serie finita de cuestiones programáticas o postulados. Lo hace cuando pasa a constituir las dinámicas del *proceso histórico*. *Proyecto político* y *proceso histórico* son partes de una misma ecuación. Ahora bien, es a partir del 2008 que los “tiempos de la política” – de las agendas públicas, mediáticas e incluso los lenguajes circulantes – se establecen *desde* el kirchnerismo; los momentos previos estuvieron más contaminados por otros factores de poder, otras voces políticas. Al imponer su *temporalidad política*, el kirchnerismo pasa a constituirse en el centro de la escena, cuestión que explica, también, la gravitación que pasa a tener la figura presidencial: se compone una dinámica en la que se diferencian fuertemente los distintos niveles de la representación. Por un lado, el Poder ejecutivo, por el otro, los representantes locales, distritales o parlamentarios. En un país presidencialista, en un continente de fuertes tradiciones de liderazgos políticos, esta situación no es secundaria: el “conflicto del campo” cristaliza la identificación del *proyecto político* kirchnerista vía la edificación definitiva de la autoridad presidencial, tras el derrumbe político del 2001.

El hecho de que sea un puntual “conflicto” el que haya establecido la instalación social del *proyecto político* no es un detalle, menos aún si es asumido desde un encuadramiento “dramático”. A partir de entonces, la identidad misma del *proyecto político* será de naturaleza *conflictiva*. Ese será, precisamente, el rasgo y la impronta del kirchnerismo y el factor fundamental

de su fuerza política. En las sociedades latinoamericanas las experiencias políticas que han dejado su marca histórica siempre estuvieron estructuradas desde ese lugar. Cuando importantes segmentos de la ciudadanía identifican al agente de los cambios, a los que se accede a través de la visualización y resolución de determinados conflictos (de interés), y asumen las coordenadas de ideas, discursos y conceptos que le son propuestos, el fenómeno político en cuestión presenta cierta solidez y subterfugio social que, al margen de las inestabilidades propias de la contingencia interna o externa de un país, resulta en un capital político fundamental para continuar extendiéndose hacia adelante.

### ***El kirchnerismo y los efectos no deseados de la última década.***

Habiendo descrito al *kirchnerismo*, sus principios constitutivos, su expansión sobre el sistema político-partidario, la modulación y constitución de su *proyecto político*, aquello que fue mencionado como doble socialización e integración, restaría ver todos estos atributos respecto de cómo procesar un elemento distintivo de esta etapa actual, una circunstancia indirectamente inducida por los cambios socio-económicos producidos: la aparición *ex-post* de una amorfa “ideología del mercado”. No se trata de una “ideología de mercado” en un sentido tradicional, o incluso vinculable al neoliberalismo: es una “ideología de mercado” singular, propia de la recuperación de los países periféricos, de los choques que esta (nueva) inserción en el mercado internacional trae como constructor de nuevos circuitos de reproducción, no sólo del capital, también desde el punto de vista de los valores sociales.

Debe ubicarse, entonces, la aparición de un (nuevo) clivaje cultural, una proposición ideológica contrapuesta a la que se desprende de la “frontera política” promovida por los Gobiernos Latinoamericanos, esa que reintroduce al *conflicto* como posibilidad de disputa de los intereses. Esta otra ideología, que no es exactamente conservadora sino contemporánea a su tiempo – en tanto es elaborada al interior de esta misma etapa- propugna una “armonía” y un “equilibrio” societal, descansa sobre la importancia del *privatismo* para las relaciones sociales, poniendo como eje discursivo la subsunción de la figura del ciudadano en la del consumidor. Si bien aún no tiene una extensión orgánica en ningún país latinoamericano (aunque en cada uno de ellos haya fuerzas políticas de este tipo), la cuestión es ver cómo los *relineamientos partidarios* del “nuevo giro político” pueden procesar este fenómeno, por así decirlo, *no deseado*.

Para ponerlo en los términos justos: el *kirchnerismo*, ha dado muestras de ser un fenómeno político de envergadura en la historia argentina (ha construido mayorías sólidas, aliados estratégicos, además de, como aquí se indicó, construir una propia ideología para estos tiempos). El *relineamiento partidario* producido por el *kirchnerismo* ha sido efectivo; de hecho, como fuerza político-social ocupa la mayoría de la escena, logra articular la “agenda pública”, la *temporalidad democrática*. No tiene, en ese sentido, una polémica *horizontal* con otras fórmulas representativas. Pero tiene que probar, con todos los recursos acumulados, que podrá lidiar con este problema, digamos, ideológico que se le presenta.

Si bien es cierto que, en algunos distritos, se han instalado expresiones electorales de esa "ideología del mercado"- como el PRO -, por el momento ese clivaje no ha constituido un sujeto partidario (o varios) que pueda reestructurar el diseño de la competencia a escala nacional. Su gravitación está, más bien, latente, y se expresa, cuando lo hace, bajo otras actuaciones y ropajes, con la gramática que le brindan los medios de comunicación hegemónicos: convocatorias a espacios públicos o "cacerolazos" (de diferente naturaleza, si se acepta el argumento expuesto, a los del 2001), acciones que, según la intensidad de las operatorias, pueden llegar a afectar la estabilidad del sistema político, o generarle un *impasse*.

El *kirchnerismo* se enfrenta a un nuevo problema, uno más; un problema que tiene la particularidad de ser gestado al interior de su propio *proceso histórico* (kirchnerista). Se trata, para utilizar la frase de V. Safatle, de un hijo bastardo de estos "cambios de épocas": lidiar con lo que la recuperación del capitalismo terminó afianzando como subjetivación social y vertebración política. El principal desafío es que el *kirchnerismo* deberá, de aquí en adelante, establecer un nuevo tipo de diálogo con la sociedad (esa misma que absorbe, por propia dinámica, la constitución de un sujeto de mercado) y poner en prueba su capacidad metabolizador como *proyecto político* (kirchnerista). En otras palabras, los problemas que se presentan son, también, de índole ideológicos, aunque este sea un aspecto que las ciencias sociales han desestimado hace bastante tiempo.

### **Bibliografía**

- Aboy Carlés, Gerardo (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Ramírez Gallegos, Franklin (2006) "Mucho más que dos izquierdas". *Nueva Sociedad* (Caracas), Nº 205, sept./oct 2006.
- Safatle, Vladimir (2012) "O filho bastardo" *Folha de Sao Paulo* (04/09/12)
- Salas Oroño, Amilcar (2012) *Ideología y Democracia: intelectuales, partidos políticos y representación partidaria en Argentina y Brasil desde 1980 al 2003*. Buenos Aires: Pueblo Heredero/Sec. de Cultura de la Nación.
- Salas Oroño, Amilcar (2011) "Estado, mercado y kirchnerismo" *Página 12* (18/08/11)
- Saint-Upéry, Marc (2007) *El sueño de Bolívar*. Barcelona: Paidós.
- Singer, André. (2012) *Os sentidos do lulismo*. Sao Paulo: Companhia das Letras.